

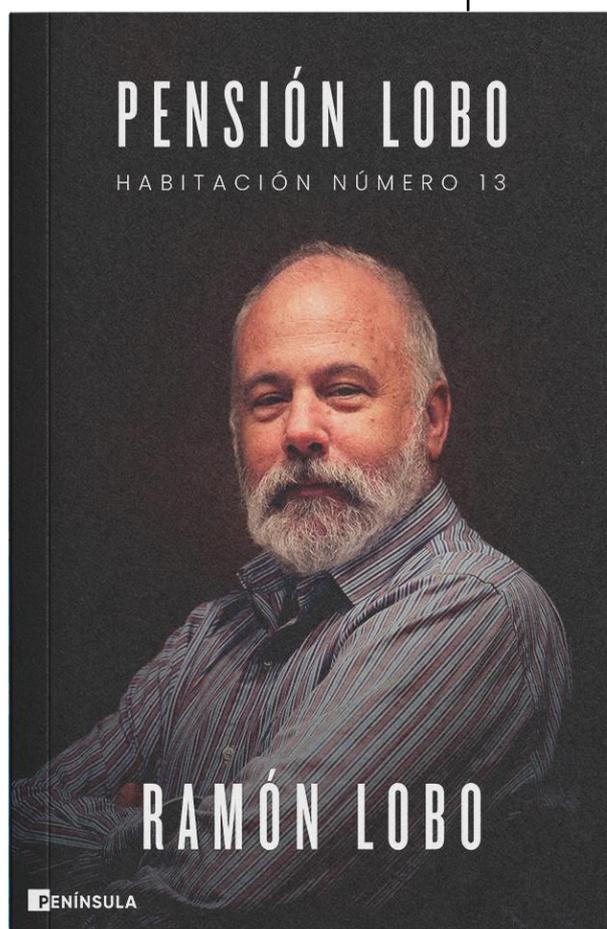
PENÍNSULA

PENSIÓN LOBO

HABITACIÓN NÚMERO 13

RAMÓN LOBO

RAMÓN LOBO PERMANECIÓ FIEL A SU PERSONA HASTA EL FINAL: NOS DEJÓ ESCRITA UNA DESPEDIDA LÚCIDA, PLAGADA DE OPTIMISMO Y ACEPTACIÓN, UNA MEDITACIÓN SOBRE LA EXPERIENCIA VIVIDA Y EL MUNDO LEGADO



A LA VENTA EL 5 DE JUNIO

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

El culto a la vida ha eclipsado nuestra relación con la única verdad que existe: la de la muerte. La echamos del hogar y la encerramos en los hospitales, las clínicas y las funerarias. Ramón Lobo, sin embargo, no rehuyó de la realidad: tras ser diagnosticado con dos cánceres, el reconocido periodista y corresponsal de guerra decide hacer uso de su maravillosa pluma para diseccionar la muerte desde su propia experiencia.

¿Cuál es la naturaleza de nuestro temor hacia ella? ¿Cómo podemos afrontar un futuro desolador? ¿Qué hacer con nuestros objetos más importantes? Estas preguntas universales, pero tan silenciadas y estigmatizadas en el «País de los Sanos», son las que irán resolviéndose en esta amalgama agri dulce de recuerdos, reflexiones, esperanza y resignación, en esta oda a la vida que se dibuja serenamente en el marco de lo que le da valor: su propio fin. Pensión Lobo son unas memorias póstumas, un último ejercicio personal y al mismo tiempo colectivo, donde, a partir del testimonio, Ramón Lobo investiga la muerte desde un enfoque sociológico y la afronta desde su inminencia personal.

EL AUTOR

RAMÓN LOBO (Lagunillas, Venezuela, 1955 – Madrid, 2023) empezó a colaborar como periodista en la agencia Pyresa en 1975 y desde entonces no paró de encadenar medios: Radio Intercontinental, *El Heraldo de Aragón*, la BBC, Radio 80, *Expansión*, *Cinco Días*, *La Gaceta de los Negocios*, *El Sol* y *El País*, en este último durante veinte años. Fue enviado especial a numerosos conflictos en África, los Balcanes, Oriente Próximo y Asia. En los últimos años de su carrera periodística publicó colaboraciones en *El Periódico* e *infoLibre*, además de ser colaborador en *A vivir que son dos días*, de la Cadena SER. Es autor de *El héroe inexistente* (1999), *Isla África* (2001), *El autoestopista de Grozni y otras historias de fútbol* (2012), *Cuadernos de Kabul* (2010), *Todos náufragos* (2015), *El día que murió Kapuściński* (2018) y *Las ciudades evanescentes* (2020).



«Una parte de mí escribe palabras desde los kilómetros vividos; otra, desde los pocos que me quedan por vivir. Rescato imágenes, voces, memorias en busca de un orden que complete el rompecabezas. Quisiera tejer un tapiz que abarque mi existencia, poder verla extendida ante mí para valorar lo conseguido sin encelarme en lo que quedará sin hacer.»

«Ahora escribo, medito y sueño en busca de materiales que me permitirán esculpir algo parecido a un epitafio. Somos solo eso: una frase, un párrafo corto; el resto es artificio.»

«Mi nueva ciudad aún carece de nombre y de un lugar en el mapa, para que mis amigos sanos puedan pensarme lejos, de vacaciones o perdido en una selva. Sea cual sea, no será poético. Cuando cierro los ojos y respiro acompañando a mis pulmones, en un intento de búsqueda del silencio interior, no veo bosques ni ciudades modernas repletas de bicicletas. Mi lugar soñado está cerca del mar.»

«De todos los conflictos vividos, el de Sierra Leona es el más emocional. Se quedó en mis entrañas, en las enfermas y en las sanas. Advierte Cormac McCarthy que hay que tener cuidado con las ideas que se meten en la cabeza porque se quedan en ella para siempre. Sucede lo mismo con las emociones. Lejos de la fantasía del río Número Dos, con los remos en sus asideros, regresa la vorágine sonora. Fracasa una y otra vez en el intento de silenciar el torrente de palabras que me atraviesa. Incapaz de bajar el volumen, escucho las últimas que me han invadido sin pedir permiso: cáncer, muerte, hospital de día, vena, escenarios estadísticos. El tiempo que me resta depende de detalles esenciales incontrolables. [...]»

«Tenemos tanto miedo a la muerte que nos negamos a escuchar sus advertencias, olvidando que es lo único cierto, lo que da sentido a todo lo anterior. Vivir, o haber vivido, es la única defensa posible para afrontar el final. Tampoco hablamos de las enfermedades y las carencias que matan a millones de hambre, guerra y pobreza. Es una vida impostada, sin palpito de tierra con raíces. Como soy de los que tienen la certeza de una defunción

próxima, me rijo por relojes que andan hacia atrás, marcando horas que ya fueron, como escribió António Lobo Antunes en su obra *En el culo del mundo*. Este es el momento de cerrar círculos y ordenar memorias para evitar sorpresas, no vaya a ser que una caída súbita del telón en medio de un diálogo con los fantasmas interrumpa la representación de mi vida, dejándola sin sentido. [...]»

« Ya no podré reclamar detalles sobre mi vida ni rogar repeticiones de las escenas favoritas. Ya no será posible suplicar: «Madre, cuéntame otra vez la noche en la que casi me asfixio de asma». Fue una madrugada tórrida en los campos petroleros de la Shell, junto al lago Maracaibo. Me sostuvo durante horas entre sus brazos en una habitación con aire acondicionado para que no muriese solo. [...]»

« [...] Aquel asma exterminador nos llevó primero a Caracas y después a Madrid en busca de un mejor clima. Se alojó en el relato paterno como la razón que provocó nuestra salida de Venezuela en el verano de 1959. Mi salud pudo ser una de las causas, pero no la única. La caída un año y medio antes del dictador Marcos Pérez Jiménez dejó expuesto a mi padre, que trabajaba en el Departamento de Tierras de la Shell, en el estado de Zulia, dedicado a la compra y requisa de terrenos. Según la versión oficial familiar, parte de la inquina hacia él se debía a su forma honesta de actuar, opuesta a la del anterior negociador, que elevaba los precios para repartirse el botín con los jefes locales. Aunque en Radio Maracaibo dijeron que había que ir a por el expropiador Ramón Lobo, aquella fue una frase excluida de la narración. »

«Ahora sé que mi gran círculo vital es pulmonar. Comenzó con aquel asma maracucho y se cerrará con el cáncer de pulmón que me va a matar. Es un círculo relacionado con la falta de aire, una asfixia física y ambiental provocada por tres dictaduras: la interior de la casa y las dos exteriores, de Pérez Jiménez y Franco. Mi viaje ha sido extraordinario y redondo, como el de Edward Bloom en *Big Fish*. »

«[...]¿Qué hubiese pasado si hubiera accedido a la propuesta de mi abuelo de educarme en Inglaterra? ¿Qué Ramón Lobo Leyder habría emergido de un internado británico? ¿Cómo me habría afectado una educación victoriana en la que el castigo físico y el maltrato psicológico eran habituales? ¿Sería tan rebelde como lo soy en la versión española sometido a una educación militarizada y a unos colegios religiosos en los que primaba el temor a dios sobre el valor de la ciencia? Es seguro que hablaría y escribiría

en un inglés perfecto, capaz de redactar crónicas y reportajes para los grandes medios anglosajones, o tal vez no tendría su nivel de excelencia o ni siquiera ejercería el trabajo de periodista. Tal vez sería un *pensioner* desplumado por la estafa del Brexit, veraneante en la costa de España, rodeado de nietos patrióticos en-vueltos en la Union Jack.»

«Si estoy contento de lo que soy, preparado para morir tras una vida plena y satisfactoria, se lo debo a él, a mi padre, por forzarme a estar en sus antípodas. Pese a nuestras diferencias políticas estoy seguro de que se habría sentido orgulloso de mi trabajo de corresponsal. No hubiera podido hablarme desde la autoridad de haber estado en dos guerras, la española y la mundial en el frente de Leningrado vestido con el uniforme de la Wehrmacht, porque en número de guerras le gano por goleada. »

«Tengo el don de la imaginación, que me permite disfrutar de vidas inventadas, pero carezco de la capacidad para volcarlas en una gran obra literaria como *Los Buddenbrook* de Thomas Mann. Mi viaje vital autonovelado está muy por encima de mi talento para escribirlo. Se perdieron libros para el disfrute de supuestos lectores, pero a cambio gané una vida intensa, variada y divertida, una existencia en la que soy el gran protagonista y su destinatario. «La vida se vive o se escribe», dijo Luigi Pirandello, y yo opté por vivirla.»

« Una frase de *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion me acompaña como una sombra: «La vida cambia en un instante, en un instante normal». Una lumbalgia, una radiografía de las vértebras L-1 a L-5 y un TAC con contraste desataron el tsunami de malas noticias que componen mi *instante normal* prolongado. Vivo dentro de una tormenta de vientos huracanados en la que la lluvia rachea horizontal al suelo. Me lanza del optimismo al pesimismo, de una posible supervivencia de tres o cuatro años a apenas unos meses. Es agotador tanto cambio de expectativas, que obligan a una reprogramación constante, de urgencia. [...]»

«Me colé como protagonista en el proyecto de este libro que ya ha desechado dos guiones, uno dedicado al miedo a la muerte en las sociedades occidentales y otro centrado en la orfandad tras la muerte de Maud. Con el diagnóstico de los cánceres comencé a rodar sin control, tal vez como defensa, decenas de escenas sin saber qué quería contar. He acumulado tanto metraje de película que no sé por dónde empezar ni qué hacer con él.»

« [...]Acababa de finalizar de manera brusca una vida movida por la inercia, sin otro límite temporal que el de la conciencia de la muerte en un tiempo no revelado, y empezaba otra en la que me disponía a atravesar regiones y comarcas repletas de páramos. Pensé, tal vez por asociación, en Juan Rulfo y su Comala mágica e infernal que tanto me impactó de joven: «Un pueblo muerto, poblado solo de voces gastadas, ecos, murmullos, fantasmas y sombras», según le relata Damiana Cisneros a Juan Preciado. Me enfrentaba a mis primeras dificultades en el tránsito hitchensiano del País de los Sanos al País de los Enfermos. Un viaje sin retorno que se realiza a través de desiertos habitados por sirenas mitológicas que hechizan con sus cánticos embaucadores y por monstruos que son nuestros fantasmas desatados: miedo a lo que somos y a lo que dejamos de ser.»

« [...]No creo en dios ni en entes metafísicos superiores, ni en ángeles y arcángeles; ni en el más allá, el juicio universal o la reencarnación. Tampoco en los difuntos que hablan, idea que tomo prestada de las culturas africanas en las que los muertos habitan en una dimensión paralela desde la que ayudan, vigilan y aconsejan a los vivos. No es una contradicción con un continente inventado en el que puedo conversar con mis muertos, sean familia de sangre o elegida, amigos o desconocidos, personas que he visto muertas en las guerras o a las que no pude rescatar, como el bebé Boy en Sierra Leona, o Sabina Mušić en Bosnia-Herzegovina. Se trata de un juego que me permite establecer un nexo narrativo. Ellos me devolvieron a mi condición de persona común sin poderes extraordinarios que no salva vidas: solo mira, pregunta, escribe sobre desgracias ajenas para que nadie pueda decir que «no lo sabía». »

« [...]También me conmueven los ahogados sin derecho a un nombre en el Mediterráneo que pierden la vida en busca de otra más digna, larga y segura, o los latinoamericanos que pugnan por cruzar la frontera de EE. UU. pese a que el sueño americano se transformó hace años en una pesadilla. Cada muerte injusta me disminuye, sea en Auschwitz, Palestina, Yemen, Afganistán, Irak, Birmania, Colombia o México. No importa la ideología ni las intenciones de los asesinos, solo la tragedia cotidiana de unas víctimas que ni siquiera conservan el derecho a un recuerdo activo que narre sus anhelos, sus gustos, su música, su equipo de fútbol favorito o el nombre de sus padres, esposa e hijos. Son muertos rodeados de un manto de silencio. Estos cadáveres lejanos se incorporan a mi mundo de diálogos secretos en el que recuperan una voz que jamás escuché.»

« [...] Sé que quienes me acompañan no son reales ni la consecuencia de una enajenación transitoria o permanente provocada por algún tipo de trauma, el confinamiento o las drogas que nunca tomé por temor a la dependencia. Se trata de una conexión fingida que me permite deambular entre las soledades más frecuentes: la de la casa, la de la calle, la de los que no tienen ancla, la de los afectos perdidos, la de viejo, la de la familia de sangre, la de sin madre y la de enfermo expulsado del País de los Sanos, que es una soledad abrumadora. «Los más afortunados disfrazamos ese destino de un exilio interior casi voluntario para descubrir quiénes somos, o para no enfrentarnos a nosotros mismos, cuando apenas queda tiempo para mudanzas», como escribe Auster en *La invención de la soledad*.»

«La conciencia de que he vivido la vida que he elegido, pese a la tardanza en el arranque y sus retrocesos, direcciones prohibidas y equivocadas, recovecos y calles sin salida, me permite sentir la muerte no como una interrupción inesperada que me deja incompleto, a medio hacer, sino como el final de un viaje maravilloso en el que logré subir nota, pese a un currículo escolar calamitoso.»

« En ese mundo insustancial de inmortales atrapados en la eterna juventud triunfan los vende crecepelo y predicadores, sean religiosos o políticos. Es más importante que el impostor tenga una buena imagen televisiva, que caiga simpático y genere tráfico, a que exprese pensamientos articulados sobre hechos ciertos y complejos. Gustan los Donald Trump, los Silvio Berlusconi, los Boris Johnson porque nos quedamos con su histrión impostado, casi chistoso, sin percibir el riesgo de sus políticas. Son prestidigitadores que tras un par de buenos números te roban la sanidad pública, la educación o las pensiones en nombre de la libertad de sus amigos. ¿Cómo informar en sociedades que no desean ser informadas? ¿Cómo hablar de la muerte a personas que sienten pánico a morir y abrazan al primer cantamañanas que les promete vida eterna incluso a través de un suicidio colectivo como los de Waco o Guyana?»

« [...] ¿Es real lo que me está pasando? Solo me lo he preguntado una vez después de una siesta y el desconcierto apenas duró unos segundos. Me dio un vuelco el corazón. Pese a la presencia demoledora de la enfermedad, las citas médicas constantes y las visitas al hospital de día para la ingesta del veneno, el cáncer permite al enfermo la negación, no formular preguntas ni registrar respuestas, no leer informes ni navegar por internet. Puede deprimirse, emborracharse o echarse en brazos de la pseudomedicina

charlatana. Prefiero guiarme por mi brújula vital, que se mueve imantada por la realidad. Es la única forma en la que supe vivir, la única en la que quiero morir.»

« Mis amigos más cercanos me regañan por buscar información en internet y leerme los informes médicos más allá de mi capacidad de entendimiento, cuando ellos harían lo mismo. Soy de letras cerrado y periodista, es decir, un tipo que escribe de temas sin necesidad de ser especialista. Nuestro trabajo consiste solo en preguntar a los que saben y entender lo suficiente para poder explicarlo a los demás. Mi impulso de investigar sobre mis enfermedades, pese a los riesgos de caer en tristezas evitables, forma parte de mi proceso de asunción de los hechos. Si me muevo en el principio de realidad, necesito saber en qué consiste, cuáles son las palabras exactas y su significado. Es un ejercicio que me prepara para entender las comunicaciones de los médicos y mejorar la precisión de mis preguntas. Les ha quedado claro que necesito disponer de información sobre mi situación, aunque sea duro y me cueste digerirla. Asimilar las malas noticias y ordenar los sentimientos forma parte del proceso.»

«Me agradó comprobar que, tras cincuenta años de coqueteo imaginario con la llegada triunfal a Ítaca, de hacerme el muerto en las piscinas y en la cama para desesperación de los demás, mi actitud sosegada no era un artificio ni un engaño amparado en una salud de hierro, sino que formaba parte de mi manera de ser, ver y sentir la vida. Ahora, frente a un peligro tangible, mantengo el humor y la flema. Fue un hallazgo tranquilizador.»

«He trabajado como periodista en zonas de conflicto y narrado las desgracias de los demás, de los Otros, de los Nadie, de los Invisibles. Estoy entrenado en recibir, sentir y procesar las emociones extremas de personas desconocidas que sufren guerras, violaciones, injusticia y hambre. Conozco el lenguaje y los límites de la acción militar, médica, diplomática y humanitaria, y también de la periodística. De ellos aprendí parte de lo que ahora me aplico con la ventaja de disponer de los medios hospitalarios y médicos del primer mundo. El trabajo de enviado especial mejoró mi información sobre el mundo real más allá del perímetro de mi confort. El entrenamiento de entrar y salir de las tragedias ajenas, de compartir su dolor, aunque fuera por unos días o semanas, me ha permitido generar unos instrumentos de resistencia que me ayudan a sobrellevar una situación médica complicada, pero

que no explican mi reacción tranquila ante la llegada del final. La digestión del dolor es un acto individual: no es lo mismo asistir a la muerte ajena que a la propia. La observación de la muerte de los otros no mejora la capacidad de asumir la nuestra.»

« [...] Antes de los viajes preparaba la maleta desde una mentalidad espartana. Después sacaba su interior depositándolo sobre la cama y retiraba lo innecesario. Bastan siete camisetas y siete calzoncillos negros — que hacen quince días vuelta y vuelta—, tres pares de calcetines fáciles de lavar y un neceser de aseo. Lo importante son los cables, los enchufes, los adaptadores, las baterías, el ordenador y el transmisor por satélite. Si el destino es un país frío se lleva lo necesario encima, vestido como una cebolla. La maleta antes de un viaje representa el primer paso en nuestra transformación de una persona del primer mundo, con billete de ida y vuelta, en otra que se va a sumergir en la pobreza. No puedes ir al otro lado pavoneándote de tus lujos ni disfrazado de coronel Tapioca. Es necesario desnudarse mental y psicológicamente si se pretende entender un centímetro de la vida de las personas sobre las que vas a escribir. »

«[...] Detesto la incertidumbre, pero me entusiasaban las sorpresas en mi vida de trotamundos; en el espacio periodístico, lo inesperado añade riqueza a los reportajes. Todas mis decisiones personales de calado han venido precedidas de semanas y meses de reflexión, y de numerosas consultas. Combino una aparente rigidez con una insólita capacidad de adaptación. Soy como Google Maps, que nos sugiere rutas alternativas tras saltarnos el giro propuesto inicialmente. Lo importante no es seguir un plan; lo esencial es tenerlo. »

« [...] Mi familia elegida está formada por amigos clave y otras personas importantes que transitaron por mi vida. Pese a que colman gran parte del vacío, no dejan de formar parte de juegos de mi imaginación, como los que cultivo con los muertos y los objetos. Tengo un hermano mayor inventado, Manuel Saco, y uno menor, Guillermo Altares; y está María, una mujer-cimientos que vuela como demanda el poema de Oliverio Girondo, sin perder las ventajas del pie en tierra. »

«[...]Maud se enfadaba con el portátil en el que había escrito su libro, *La tormenta británica*, parte de la historia de su vida, primero en castellano y después en inglés. Tenía ochenta y ocho años. Se empeñaba en realizar tareas que ya no podía acometer. Decidí convertir mis visitas de los lunes a su piso de Arturo Soria en un asidero en medio del temporal que avanzaba en su mente. Comíamos, charlábamos y echábamos una partida

al Scrabble, juego que consiste en formar palabras cruzadas sobre un tablero en busca de la mejor puntuación. Tras algunas sorpresas en el menú empecé a llevar platos preparados listos para calentar con la excusa de evitarle trabajo y poder estar más tiempo juntos. Fue la época en la que trabajaba en *Todos náufragos*. Usé como base el suyo. Mi ejemplar está repleto de *postit* con anotaciones. Ahora que lo he vuelto a leer para alimentar estas líneas descubro decenas de preguntas jamás formuladas. Me produce irritación y vacío. »

«Me cuesta desandar los últimos años con nitidez. Una parte de mí, el periodista, demanda precisión; la otra, la que escribe ahora, prefiere una estructura libre por la que fluyan recuerdos y sentimientos desordenados. [...]»

«¿Con quién debo negociar si soy ateo? ¿Existe alguna ventanilla para irreverentes? Supongo que creyentes y no creyentes, más allá de los intermediarios imaginarios de los que se valgan, negocian con su propia imaginación, una manera de escapar por unas horas de un presente doloroso. Si me encuentro atrapado en el enredo de suplicar por una prórroga, ¿qué ha pasado con las otras cuatro etapas del duelo? ¿Me he saltado la negación? [...]»

«[...]Nunca padecí una depresión, pero sí caídas profundas de ánimo tras la muerte de tres amigos reporteros: Miguel Gil, Julio Fuentes y Ricardo Ortega. No sé si llegué a sufrir lo que los psiquiatras denominan trastorno de estrés postraumático, algo frecuente entre las personas que se exponen a un exceso de tragedia. Al parecer, los afectados no pueden hablar de su problema sin echarse a llorar. No es mi caso: ejerzo un control férreo sobre mis sentimientos. Soy capaz de conversar sobre la desgracia de los Nadies o de mi propia muerte sin derramar una lágrima. Sé que este control requiere una dosis significativa de represión emocional. Tal vez no sea bueno, pero me funciona. »

«[...]Confío en la ciencia y en la medicina. Si sale mal, no estaré aquí para protestar. Formará parte de mi herencia: un piso y algunos ahorros. Paula, la hija de María que cursa sexto de Medicina y es lo más parecido a una hija que he tenido, me tranquilizó: «No están dando palos de ciego, Ra, saben lo que buscan. Deben explorar todas las vías, resolver las dudas por mínimas que sean y estar seguros antes de abrir». La mente ayuda a procesar las situaciones imprevistas, incluidas las más extremas, pero no siempre es eficaz en cerrar a tiempo las puertas de acceso a los pensamientos negativos. Sabía que un cáncer se puede curar; una metástasis, no. En estos casos, el objetivo es lograr una

cronificación del tumor; si no se puede, el plan se concentra en prolongar la vida del paciente. »

«Cuando iba a guerras, también pasaba horas en pausa antes de un gran movimiento. Las semanas que estuve empotrado en dos unidades del Ejército de EE. UU. en Irak pasé más de un tercio del tiempo aguardando un helicóptero, un convoy de transporte o encerrado en un campamento. Lo inesperado no siempre se muestra en lo evidente: los combates, los bombardeos, la muerte, los soldados que sienten miedo a matar o a morir. A veces, la sorpresa se esconde en lo cotidiano, lejos del frente. Sucede también en el cáncer. [...]»

«Pese a vivir en el presente con los dos pies en la tierra, siempre necesité dibujar ventanas y puertas imaginarias en mi muro defensivo, para sentir la brisa directa del mar. Trazar rutas de escape ha sido mi manera de estar en la vida, siempre con un pie en el estribo. Ya no necesito los miradores ni los balcones, todo está dentro, en espera de una llamada para proyectarse en mi mente. Mis objetivos viajeros, más utópicos que reales, sirven para inundar de ilusión los meses de tortura en Villa Tumor, que es como Hitchens llama a la sala de quimioterapia. Necesito autoengañarme, que no todo va a ser ofrecer mi brazo a una aguja sin sentimientos a cambio de un poco de esperanza. [...]»

« Tuve el privilegio de realizar mi excursión laica favorita guiado por la periodista que más sabe de muertos de España. Además de por el civil, navegamos por la parte católica. Narró decenas de historias apasionantes sobre el origen del camposanto y las guerras entre el gobierno de Alfonso XII y la Iglesia, que quería cobrar más por enterrado. Así descubrí la tumba fundacional de Maravilla Leal, suicida de veinte años. El nombre de pila le prometió una vida que no pudo sostener. Concostrina me condujo al monumento de la División Azul, que tanto tiene que ver con mi padre y sus hermanos y otros relacionados con la dictadura. Tras atravesar esa Almudena bendecida acabamos frente al muro de las Trece Rosas, un lugar de rebeldía. Tras conocer mi diagnóstico completo de dos cánceres, le envié un wasap a Nieves Concostrina sin darle cuenta del motivo: «Si palmo antes que tú — algo probable debido a tu lozanía y divertida mala baba—, me gustaría que me prometieras, si fuese posible, dirigir el reparto de flores con mis amigos en el cementerio civil y en la ruta posterior hasta las Trece Rosas, tal y como hicimos en la despedida de Forges». [...]»

«Me despedí de *A vivir que son dos días* a finales de junio, antes de la neumonía y desplome de julio, en una larga entrevista con Javier del Pino. Hablamos de la muerte y de la vida, de las formas de procesar estas situaciones emocionales extremas. No es algo que uno escoja. Tiene que ver con el carácter, la actitud ante la vida, las averías arrastradas desde la infancia y el ADN; nuestro trabajo como corresponsales de guerra ayuda a procesar la muerte de los demás, pero no la nuestra. Al enterarse de las malas noticias, Javier Espinosa, amigo y compañero de guerras, me mandó un wasap desde Ucrania: «Perdona por no haber respondido ayer, pero, después de escuchar el mensaje, la única opción viable era cogerse un pedo descomunal... Me encantó, es toda una lección de vida muy acorde a la persona que has sido: valiente, sincero e irónico». Me llamó la atención el uso del pasado. Una semana antes, Julia Otero me había dicho por WhatsApp que «esperaba seguir siendo útil en el tiempo que nos quedara». Poco después le pregunté qué tal había salido su TAC: «Muy bien», respondió. Ya no había dudas: se refería a mi tiempo menguante. Sonreí: no es lo mismo escucharlo de mi voz que en la asunción de los demás. Me preocupaba que la conversación en la SER se quedara en el morbo, lejos del objetivo de ser útil a personas que pudieran estar en una situación similar. Existe un tipo de cáncer emocional que ha hecho metástasis en una impugnación contagiosa que dificulta la vida de los demás. Son aquellos que se han instalado en la negación, en la ira y en la depresión. Me gustó el libro de Kathryn Mannix sobre la agonía. [...]»

«En mi final todos escriben novelas: mis amigos, la de la despedida; yo, la mía de la Pensión Lobo; mis sueños de morfina escriben una novela paralela de la que nada me acuerdo al día siguiente, y los gatos, que en su estar pega-dos anticipan la suya, un mapa de ausencias. Hasta aquí he llegado. El viaje ha sido maravilloso, ple-no. Me voy con Birkin y Stone, y aún quedan meses para mejorar el pasaje del barco de 2023. Abrazos a todas y todos. Solo me queda escoger la música que me acompañará en el último paseo: *We'll Meet Again*, de Vera Lynn, la canción de Maud y sus hermanas y padres en la Segunda Guerra Mundial, una promesa de optimismo de los inmortales a los que iban a morir en los campos. Nos volveremos a encontrar, aunque sea en vuestro recuerdo. Mereció la pena. [...]»



Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es